

2. Domingo de Pascua B/2015

Las lecturas de este segundo domingo de Pascua siguen expresando la alegría de la resurrección de Jesús. Describen en particular los efectos de la resurrección sobre la primera comunidad de los discípulos y las apariciones de Jesús a los apóstoles. Nos invitan a confiar en el testimonio que los apóstoles nos den sobre la resurrección de Jesús y su presencia invisible en el sacramento de reconciliación.

La primera lectura de los Hechos de los Apóstoles recuerda la certeza de la resurrección mostrando la transformación que trajo a la comunidad de los primeros cristianos. Destaca sobre todo la comunidad de compañerismo que caracterizó a los primeros discípulos y los muchos dones que recibieron al vivir realmente las enseñanzas del Evangelio.

Lo que este texto nos enseña es que la resurrección de Jesús cambió el estilo de vida de los discípulos. Tenemos también la idea de que el testigo de los discípulos no era un asunto de palabras, sino de hechos y comportamientos.

La última idea que tenemos es que la resurrección de Jesús obligó a los discípulos a dar prioridad a la vida de comunidad sobre los intereses personales.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy. En primer lugar, el Evangelio comienza con la aparición de Jesús a los doce mientras las puertas del lugar en donde se escondían estaban cerradas. Después, explica la alegría de los discípulos cuando vieron a Jesús. Habla también de la clase de paz que Jesús les brindó así como también el poder de perdonar los pecados.

Después de esto, el Evangelio relata la historia de Tomás quien no estuvo presente al momento de la aparición de Jesús y de su incredulidad cuando sus amigos le hablaron de la resurrección de Jesús.

El Evangelio termina mencionando la segunda aparición de Jesús mientras Tomás se encontraba allí y la vergüenza que sintió por haber dudado de la resurrección.

Finalmente, el Evangelio dice que Jesús realizó muchos otros signos en presencia de sus discípulos y que no están escritos en el Evangelio. Pero, estos sucesos se escribieron para que creamos que Jesús es el hijo de Dios y creyendo en su nombre, podamos tener vida eterna.

¿Qué aprendemos del Evangelio de hoy? Hoy quiero hablar de la importancia de creer sin ver. En la experiencia de la vida diaria, hay muchas cosas que estamos acostumbrados a ver, tocar y oír. El hecho de ver, o de tocar o de oír crea una impresión humana que nos tranquiliza sobre lo que hemos visto, hemos tocado o hemos oído. El contacto corporal o la vista física, por su parte, nos aseguran que las cosas realmente existen. En este sentido, tenemos una prueba material de que las cosas existen porque las hemos tocado con nuestras propias manos o las hemos visto con nuestros propios ojos.

Sin embargo, existen también muchas otras cosas que no podemos tocar con nuestras manos o ver con nuestros ojos, como por ejemplo, el amor, la belleza, la música o el conocimiento, etc. El hecho que no podamos tocar o ver estas cosas no significa que no existan. Esto sólo significa que las registramos de una manera distinta y no a lo que por lo general usamos para tocar o ver las cosas. Por eso, cuando una mujer o un hombre dicen el uno al otro: "te amo", ellos confían en lo que el otro dice.

A veces, a fin de mostrar que hablan en serio, ofrecen flores o intercambian un beso. Pero, las flores o el beso no pueden ser considerados como prueba del amor, porque la realidad

que vive en su corazón es más grande que las flores o el beso. Las flores y el beso son muy poco y demasiado pequeños para traducir la intensidad del amor que está en sus corazones.

Como puede parecer, estamos completamente fuera de la esfera de lo tangible o lo visible. Aquí, entramos al nivel de lo perceptible y del sentimiento. Entramos aquí al nivel de la confianza.

Este ejemplo clarifica el punto del Evangelio de hoy. La fe, en efecto, no pertenece a la esfera de la vista o a la del tacto; pero, a la de la confianza. Es una confianza en el testimonio de los que han estado con Jesús desde el principio hasta el día que ascendió al cielo. Como la fe pertenece a la esfera de la confianza, no tiene ninguna necesidad de prueba. Por eso, Jesús dice a Tomás: “Dichosos son los que creen sin haber visto”.

Si la prueba material fuera suficiente, la gente del tiempo de Jesús que vio sus milagros habría creído en él. Y aún, no lo hicieron. Por eso, tenemos que entender que la fe nunca puede estar basada en lo que uno ve o toca, sino en la aceptación del testimonio de las escrituras que hemos recibido. La fe se construye sobre la confianza en Dios y las escrituras. La fe es la confianza convertida en acción.

Es esta confianza la que interviene en el sacramento de la reconciliación. En el sacramento de la reconciliación, en efecto, Jesús nos perdona nuestros pecados por la mediación del ministro establecido que es el sacerdote. El sacerdote no actúa por su parte para dar la absolución de los pecados a la gente. Al contrario, actúa de parte de Jesús según las palabras del Evangelio de hoy: “Reciban el Espíritu Santo. A los que les perdonen los pecados, les quedarán perdonados; y a los que no se los perdonen, les quedarán sin perdonar”. La mayor parte de la gente que tiene problema con el sacramento de la reconciliación, sin duda, son aquellos que tienen un problema con la confianza.

Si la fe es confianza, entonces, no necesitamos la prueba externa para apoyarla. Si hay realmente una prueba sobre la existencia de Jesús con la cual podemos contar, es la existencia misma del Evangelio. De hecho, aunque escrito por pueblos diferentes, con personalidades diferentes, todos los cuatro escritores del Evangelio llegan a una misma conclusión y verdad, es decir, que Jesús es nuestro Salvador y Redentor del mundo. Por eso, el Evangelio de hoy se termina con estas palabras: Jesús realizó muchos signos en la presencia de sus discípulos que no están escritos en este libro. Pero, éstos hechos se escribieron para que creamos que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y que por esta creencia tengamos vida en su nombre.

Oremos para que Dios nos dé el don de la fe. Pidamos para que nos ayude a transformar nuestro conocimiento sobre sus cosas en confianza hacia él. En este domingo de la Divina Misericordia, Jesús nos recuerda que nos ama y quiere perdonar nuestros pecados. Abrámonos al don de su perdón a través del sacramento de la reconciliación. Pidámosle el coraje de perdonarnos el uno al otro, porque él nos perdona también. ¡Que Dios los bendiga a todos! ¡Aleluya!

Hechos de los Apóstoles 4, 32-35; 1 Juan 5, 1-6; Juan 20, 19-31



Fecha de la Homilía: el 12 de Abril 2015

© 2015 – Padre Felicien I. Mbala, Ph. D, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20150412homilia.pdf